

VALOR, SIGNIFICADO E IDENTIDAD DEL CAMPO Y DE LOS PAISAJES RURALES ESPAÑOLES SEGÚN UNAMUNO

Antonio López Ontiveros
Universidad de Córdoba (España)

RESUMEN

Unamuno practica una «modalidad» literaria muy suya que es la descripción y tratamiento de los paisajes. Al menos cinco de sus obras a este género se dedican totalmente: *Paisajes* (1902); *De mi País* (1903); *Por tierras de Portugal y España* (1911) *Andanzas y visiones españolas* (1922) y *Paisajes del alma* (1944).

Con este material, entre otro, se trata de estudiar la relación del paisaje unamuniano con su filosofía fundamental para detectar los espacios geográficos que más propician la contemplación meditativa, que surge del goce paisajístico.

En este contexto, se hace especial hincapié en el amor al «campo», que forma parte del sentimiento estético de la naturaleza, y, más específicamente, intentamos ver el significado que para Unamuno tiene el paisaje rural/agrario.

Esto último nos lleva a una respuesta positiva de ese significado, que conlleva, a la vez, una alta valoración del paisaje rural, porque forma parte de ese sentimiento estético general de la naturaleza, ya aludido; porque para Unamuno no hay paisaje feo; porque —pese a la preferencia unamuniana por la montaña—, la llanura tiene también interés paisajístico; y porque el campo desempeña importantes funciones físicas, estéticas y espirituales.

Y, como final, se muestra la gran impronta para el autor del «paisaje que nos vio nacer», al que, como es sabido, hay que superponer la exaltación hasta el delirio del paisaje castellano.

Palabras clave: paisaje, paisaje rural, paisaje agrario, filosofía y paisaje, amor al campo, montaña, llanura, funciones del paisaje, paisaje natalicio.

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

ABSTRACT

The value, significance and identity of the Spanish countryside and of rural landscapes according to Unamuno.- Unamuno cultivated with a very personal style the literary genre dealing with the description and treatment of landscapes. At least five of his works belong entirely to this genre: *Paisajes* (1902); *De mi País* (1903); *Por tierras de Portugal y España* (1911); *Andanzas y visiones españolas* (1922) and *Paisajes del Alma* (1944).

Making use of these works, among others, the purpose of this study is to analyze the relation between the Unamunian landscape and his central philosophical tenets, so as to identify the geographical spaces that especially favour meditative contemplation, which arises from the enjoyment of landscape.

In this sense, there is a special focus on love of the countryside, which is part of the aesthetic feeling toward nature, and more specifically, there is an attempt to analyze the signification that the rural/agrarian landscape holds for Unamuno.

This signification is certainly a positive one for a variety of reasons. First the rural landscape is highly valued as it takes part of the aesthetic feeling toward nature already alluded. Also for Unamuno, there is no ugly landscape. In spite of the Unamunian preference for the mountain, the plain is also interesting from the point of view of the landscape. And finally, the countryside plays important physical, aesthetic and spiritual functions.

In the last place, I show that it is necessary to bear in mind the significance that the «landscape that saw our birth» had for the writer, together with his raving exaltations of the Castilian landscape.

Key words: landscape, rural landscape, agrarian landscape, philosophy and landscape, love to the countryside, mountain, plain, functions of the landscape, native landscape.

I. FILOSOFÍA DEL PAISAJE

Es probable que como «paisajista» —tratadista y descriptor de paisajes— Unamuno supere a todos los autores de la Generación del 98. Pero, como él mismo advierte en *Andanzas y visiones españolas* (Unamuno, 1955: 9),

«el que siguiendo mi producción literaria se haya fijado en mis novelas, excepción hecha de la primera de ellas en tiempo, de *Paz en la Guerra*, habrá podido observar que rehúyo en ellas las descripciones de paisajes, que hay apenas paisajes ni indicaciones geográficas y cronológicas. Y ello obedece al propósito de dar a mis novelas la mayor intensidad y el mayor carácter gramático posibles...».

Tiene, por el contrario, según García Blanco (1983: 9-12), cinco volúmenes dedicados específicamente a paisajes, una «modalidad» tan suya, que son: *Paisajes* (1902), *De mi País* (1903), *Por tierras de Portugal y España* (1911), *Andanzas y visiones españolas* (1922), y *Paisajes del alma* (1944), recopilación de artículos de diversos años realizada por el autor

citado.¹ Y además hay que buscar también su vena paisajística en sus poesías, de las cuales publica una selección este mismo autor: *Poemas de los pueblos de España* (1961).²

Según Alvar (1966: 23) «otros libros de Unamuno —las *Andanzas, Por tierras de Portugal y España*— harían olvidar estos primeros esbozos —los de *Paisajes*— no sé si justamente. Porque ya aquí...se han cumplido unos planteamientos que no se formularían doctrinalmente hasta 1920». Y especialmente valioso para nuestro tema resulta el artículo «La Flecha», el primero de los cinco que comprende este libro.

Y entrando ya en el asunto, al ser Unamuno no sólo un descriptor del paisaje sino un *teórico del tema*, la primera acotación es que el paisaje hay que verlo dentro de su obra total, en el contexto de toda su filosofía, empresa que brillantemente ha llevado a cabo D. Csejtei (1999).

Afirma este autor que «el paisaje —a pesar de toda su dimensión de espectacularidad— es originariamente *tiempo*», no tanto físico sino tiempo histórico y ante todo tiempo existencial. Y así la raíz última del paisaje está en el sujeto, es, como repite machaconamente Unamuno, un estado de conciencia, el paisaje objetivamente no existe, a lo sumo es sin la mirada del hombre un «casi-paisaje». En ello es coincidente también con Marías (1986: 31-32) que dice:

«Ante un paisaje, Unamuno no se comporta como un pintor, no intenta reproducir los elementos o ingredientes del paisaje, en color y forma; ... ni tampoco intenta reproducir la «impresión» plástica que el paisaje provoca ... Unamuno tiene un modo realísimo y eficaz de referirse a los paisajes: habla de sí mismo, sí, pero... *en ellos*».

[...]

«Al decir que los paisajes de Unamuno son *Paisajes del alma*, no se quiere decir que estén «subjetivados», sino que aparecen como ámbito que integra un momento único e insustituible del alma de su autor. El paisaje es también para Unamuno un recurso expresivo de la personalidad, y una demostración de su drama íntimo».

Esto mismo es lo que quiere decir Unamuno cuando sentencia en «Paisaje Teresiano» —el de Becedas de Ávila— que «el campo es una metáfora». Pero hay que precisar: el campo mismo, la pintura de Dios, constituye «un ramillete de metáforas» que permite al autor interpretar simbólicamente tantos y tantos paisajes. Pero esencialmente, filosóficamente para Unamuno «la metáfora es el fundamento de la conciencia de lo eterno. Y la conciencia de lo eterno, el ansia de inmortalidad es la esencia del alma racional. Alma racional y metafórica». Por ello, esta experiencia, tan profunda, cuando la experimentó Unamuno en la Peña de Francia «hubo momentos en que creí que se me iba a parar el corazón o a estallármelo o a cuajármelo la sangre. Y a la angustia física se me unió la angustia moral, la angustia religiosa, más aún, la angustia metafísica».

1 Vid. Unamuno, 1955, 1959, 1960, 1966 y 1983.

2 Vid. Unamuno, 1961.

«El campo —en conclusión— es una metáfora», pero ¡qué metáfora! Ella traslada el sentido recto y vulgar —diríamos del campo— a otro figurado que es nada menos que el alma, la inmortalidad, Dios» (Unamuno, 1955: especialmente 237 y ss.). Visto de otra forma, Unamuno (1966: 29-30) considera que:

«Poco a poco ha ido el hombre convirtiendo a la naturaleza en habitación suya haciéndola más humana, humanizándola. Y a la par su trato con ella, el continuo roce, ha ido acercándolo a ella más y más, enseñándole a mirarla con amor, naturalizándole en fin.

Así es como concurren a concuerdo el hombre humanizando con su labor a la naturaleza y ésta naturalizando de rechazo y como en pago al hombre, y así es cómo nos hacen vislumbrar el ideal de un hombre enteramente natural en comunión íntima con una naturaleza a la que podamos llamar ya humana. Y ¿es acaso en el fondo este ensueño algo que no sea un trasunto de perfecto cristiano en quien la gracia se hace naturaleza y la naturaleza gracia? El sentimiento mismo de la naturaleza ¿no es acaso, en rigor, un sentimiento cristiano?»

En suma, de lo que se trata, según Alvar (1966: 8 y 12-13) es de que «hacia el pasado o hacia el futuro Unamuno no veía otra cosa que el sentido teológico de la Historia. Sin ambigüedades lo dejó escrito: «la Historia es el pensamiento de Dios en la Tierra de los Hombres»».

Esta consustancialidad en Unamuno del hecho y el sentimiento religioso probablemente quien lo ha estudiado más extensa y agudamente ha sido Ch. Moeller en la magna obra *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*. En ella se afirma que

«Lo que Unamuno tenía que afrontar cada día era sólo el contraste entre la esperanza y la nada, inscrito en el paisaje castellano y en los amores que ya no son, sino también la indagación de una verdad viva en el seno de su ateísmo teórico» (Moeller, 1960: 91).

Y si bien Moeller en buena parte de su estudio se dedica a indagar en ese «ateísmo teórico» que influyó en Unamuno así como en la filosofía y teología cristianas, sin embargo también inserta aspectos relacionados con el paisaje que a nosotros nos serán útiles y que glosaremos oportunamente.

II. PAISAJE EXISTENCIAL E IDENTIDAD NACIONAL

Aunque ciertamente, como dice Csejtei (1999: 16 y ss.), el paisaje en Unamuno tiene muchos estratos, no sólo el aludido. Veamos algunos que nos interesan. Es el primero el que considera el paisaje como *enseña de la identidad nacional*, «a lo que correspondería la investigación de qué regiones del paisaje llegan a ser representantes eminentes de la filosofía unamuniana del paisaje, y qué regiones faltan y por qué». Este tema sin duda ha sido tratado

y resuelto brillantemente por Ortega Cantero en artículo reciente, aunque a él también aludiera antes García Fernández.³

Ortega ha dejado probadas la importancia y valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla, como un paisaje nacional, expresivo de los rasgos y cualidades de la historia y de la identidad colectiva del pueblo español. En esta tarea corresponde un protagonismo destacado a la Institución Libre de Enseñanza, encabezada por Giner de los Ríos, y en la que participan activamente intelectuales, científicos e instituciones que aquélla puso en funcionamiento y rigió.

Por otra parte, desarrolla Ortega cómo esa identidad nacional a través de Castilla, la detecta el Institucionismo en nuestra historia, literatura y arte y cómo se manifiesta especialmente en el paisaje castellano, del cual se lleva a cabo la valoración en tanto patrimonio natural como en su vertiente simbólica. Este aspecto último reviste especial importancia y, según Ortega, F. Giner, en especial en su artículo «Paisaje» de 1886, le «atribuyó al paisaje castellano un conjunto de valores morales (robusta fuerza interior, severa grandeza, nobleza, dignidad, señorío, esfuerzo indomable, gravedad, austeridad, carácter y modo de ser poético), que son también propios del pueblo castellano y que se extienden al conjunto nacional». «Se planteaba así una interpretación «castellanista de la historia de España» que enfatizaba el papel desempeñado por Castilla en la conformación nacional de ésta. En conclusión, «el paisaje castellano... se convirtió así... en un verdadero símbolo de los valores vertebradores de la propia historia y de la identidad nacional»» (Ortega Cantero, 2007: 152-153).

Por otra parte, la importancia del paisaje en esta búsqueda de la identidad nacional la recogen los autores de la Generación del 98, y muy especialmente Unamuno, como ha hecho notar Alvar (1966: 5 y 10) en estos textos:

«Pero «la primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra conciencia clara y arraigada del Paisaje de la Patria». Estas palabras, escritas en un libro de madurez —*Andanzas...*—, son la clave de una buena parte de la creación literaria de Unamuno, diría de los escritores del 98».

[...]

«El paisaje en estos nombres —Azorín, Baroja, Unamuno— no fue deleite ocasional o frivolidad pasajera. Fue un venero de zozobras e insatisfacciones. Que tal es el amor. Porque amar a España y sentirla físicamente viva es un riesgo de problemática certeza».

[...]

«El paisaje es, prosigue el autor, el vehículo que nos hace sentir viva esa realidad física llamada España; gracias a él es posible la plenitud del conocimiento. El paisaje es como un camino inseguro —realidad brutal— que nos lleva torpe, pero sin desvío, hasta los hontanares —la patria ensoñada— donde mana el amor».

Y un texto más, como síntesis conclusiva del tema:

³ Vid. García Fernández, 1985:120 y ss., y Ortega Cantero, 2002: 119-131. Y especialmente del último autor, y al que seguimos, Ortega Cantero, 2007: 137-159.

«Unamuno, como los hombres de su generación, descubrieron el paisaje buscando en él el conocimiento de España, y enraizando en el conocimiento toda su capacidad de amor. Surgió así una patria tierna y amable, suave y dulce como la madre, por más que su piel se vea surcada de arrugas. El amor, nacido del conocimiento, creó una realidad meta-física de España más allá de la historia y de la geografía» (Alvar, 1966: 21).

Advirtamos por último que Ortega enfatiza cómo cabe ver en Unamuno la expresión de los valores espirituales representativos del carácter atribuido al pueblo castellano y español y que señala la estrecha relación que existe entre el paisaje de Castilla y sus habitantes.

Moeller (1960: 87-90) también resalta la importancia del paisaje castellano en Unamuno y, como es lógico, entre los valores espirituales que éste representa refuerza los de carácter religioso como es claro en este texto:

«El paisaje de Castilla, la meseta inmensa, con su tierra desnuda, despojada del ornato verde, con su cielo inmenso, transparente y frío durante el invierno, pero hirviendo de estrellas, es, según la expresión unamuniana, «monoteísta»».

[...]

«Al mismo tiempo que la luz de Castilla le enseña a amar este paisaje, en que las aldeas y las ciudades se confunden con el color del suelo, la desnudez de la tierra y del cielo le mueve a interrogarse a sí mismo, a preguntarse qué es él frente a esta inmensidad. El conflicto entre la esperanza humana y la nada alcanza su punto culminante frente a este paisaje ascético en que Juan de la Cruz y Teresa de Ávila aprendieron el renunciamiento».

[...]

«Cuando se penetra en Salamanca, el contraste entre la esperanza y la nada se afirma más todavía: «esta ciudad de Salamanca...es una ciudad abierta y alegre...»».

[...]

«(Pero) basta leer su poema a la torre de Monterrey, en una noche de luna, para ver a esta misma Salamanca de amarillo, verde, oro y azul, pasar súbitamente al «más allá», en esta, eternidad petrificada, en esta muerte viva de una vieja ciudad universitaria bajo el cielo nocturno».

En otro orden de cosas, el paisaje por antonomasia de Unamuno es *el existencial* «como un componente importante de una mística universal del ser», y este paisaje hay que comprenderlo en el contexto del hecho esencial de la filosofía unamuniana, que es *el sentimiento trágico de la vida*, la estructura de ésta esencialmente agónica: «el hombre y su mundo consisten en contradicciones, antinomias que resultan, al fin y al cabo insuperables». Y «la importancia suma de la filosofía del paisaje en la obra de Unamuno se debe al hecho de que ella *suspende esta estructura dicotómica* y, por ser dicotómica también teleológica. El filósofo ante el paisaje español ibérico abre el camino de la *ateología*, de contemplación meditativa». Y ¿qué descubre en esta contemplación?:

«La fusión íntima con un paisaje físico dado hace posible una disposición en la que se puede experimentar existencialmente lo que es indivisible respecto de la temporalidad, pero que implica una totalidad infinita e inmensa en su detalle más nimio. (Y así) —dice Unamuno— la cumbre nevada de Gredos nos llama y no a su altura, no a su trono, sino a nuestro más íntimo deber; desde allí nos llama al sentido de la eternidad» (Csejtei, 1999: 174).

Y en 1911 escribía Unamuno (1955: 30-31), con gran énfasis y sentimiento:

«Lo he sentido, así en la cima de la Peña de Francia, en el reino del silencio; he sentido la inmovilidad en medio de las mudanzas, la eternidad debajo del tiempo, he tocado el fondo de mar de la vida».

[...]

«Y allí arriba en la cumbre, hablamos de nuestras preocupaciones, de literatura, de poesía, de religión, del inmortal anhelo de inmortalidad, sobre todo, pero no de sociología».

Pero ya Unamuno había tratado con fuerza este tema de la reconciliación en una de sus primeras obras, la novela *Paz en la guerra*, en la que Pachico —que representa al autor— «tendido en la cresta» de una montaña cercana a Bilbao y en medio del «reino del silencio» proclama:

«Olvídase del curso fatal de las horas, y en un instante que no pasa, eterno, inmóvil, siente en la contemplación del inmenso panorama, la hondura del mundo, la continuidad, la unidad, la resignación de sus miembros todos».

[...]

«En maravillosa revelación natural penetra entonces en la verdad, verdad de inmensa sencillez: que las puras formas son para el espíritu purificado la esencia íntima».

[...]

«Despiértasele entonces la comunión entre el mundo que le rodea y el que encierra en su propio seno; llegan a la fusión ambos...; y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, goza de paz verdadera, de una como vida de la muerte» (Unamuno, 1979: 508-510).

En conclusión, pues, esta filosofía, inspirada en Nietzsche y Schopenhauer, puede en Unamuno formular así:

«El movimiento del yo, dirigido hacia arriba y aspirando a la inmortalidad personal —que tiene, como meta última, la unificación con Dios, con la conciencia del universo— se complementa orgánicamente con otro movimiento, dirigido hacia abajo, que culmina en la unificación existencial con el paisaje» (Csejtei, 1999: 175).

Y cabe preguntarse ahora: ¿qué espacios geográficos propician la contemplación meditativa que conduce a la vivencia de unidad entre el sujeto y lo externo, al «silencio original, profundo, indiviso, capaz de evocar la eternidad», a la catarsis del sentimiento trágico, a la simplicidad, etc.? Siguiendo a Martínez de Pisón (1998: 64 y ss.) «su gusto (el de Unamuno) por el paisaje desnudo es característico», «el desierto es a su modo tan hermoso como un bosque.» De aquí su preferencia concreta por el paisaje de la alta montaña castellana en Gredos, que para Unamuno es «el rocoso esqueleto de España» y que constituye las «entrañas óseas de la patria.» Preferencia que se extiende a otras sierras como la de Francia, Neila, Picos de Europa, el Pirineo.

Por otra parte, el mar para Unamuno es símbolo de lo inacabable, «de vida sin muerte», de «lo que no cambia.» Veamos, pues, sus reflexiones a este propósito:

«El descripcionismo es un vicio en literatura, y no son los más diestros y fieles en describir un paisaje los que mejor lo sienten, los que llegan a hacer del paisaje un estado de conciencia, según la feliz expresión de Byron. Este mismo lord Byron sintió el mar como nadie, y no necesitó largas y prolijas descripciones para comunicarnos su sentimiento. ¿Es que se ha dicho acaso sobre el mar nada más sugerente y profundo que las últimas estrofas del *Child Harold* y, sobre todo, aquéllos tres versos? (que dicen):

Incambiable excepto al juego de tus salvajes olas;
el tiempo no traza arrugas en tu frente azul;
ruedas hoy tal como te vió el alba de la creación.»
(Unamuno, 1960: 185).

Por lo demás y a modo de cierta digresión, sépase que según reciente artículo, fue en su destierro en Fuerteventura donde Unamuno consolidó el protagonismo paisajístico del mar:

«En la «aislada tierra de [su] destierro» veía en las cimas «olas petrificadas». El mar constituía un elemento casi desconocido para Unamuno: «Es en Fuerteventura donde he llegado a conocer a la mar, donde he llegado a una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina». El mar —la mar—, ve afirmada su condición eterna, su sentido ahistórico, en la creencia de que sus aguas habían visto nacer y habrían de ver morir a la historia» (Castro Morales, 2005: 216).

Y, en efecto, así se comprueba también fehacientemente en la presencia del mar en casi todos los poemas que en *Poemas de los pueblos de España* tratan de las Islas Canarias (Unamuno, 1961: 118-124).

Pero hay que recordar también que muy tempranamente Moeller, siguiendo a L. S. Granjel en *Retrato de Unamuno* (1957), ya reseña la importancia del mar en nuestro autor cuando está en Fuerteventura, exaltando también otros aspectos del paisaje canario importantes para nosotros. Compruébese todo ello en este texto:

«Este paisaje de Fuerteventura le recuerda el de la altiplanicie castellana; semeja ser la isla un trozo de su suelo arrojado en la soledad atlántica, pues en él hay que contar, además de la tierra y su cielo, con el poderoso latido de la inmensidad oceánica batiendo su contorno. Es en Fuerteventura donde he llegado a conocer la mar, donde he llegado a una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina. Esta tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, retempla el ánimo; es un paisaje bíblico, evangélico más bien; este es un clima evangélico» (Moeller, 1960: 165, con citas de Granjel y de Unamuno).

Y por fin, también según Martínez de Pisón (1998: 68 y ss.), Unamuno siente igualmente atracción intensa por las islas (es el caso de Mallorca y Fuerteventura), por el desierto y por villas, pueblos y ciudades, con un gusto particular por la «quietud de la pequeña vieja ciudad, por sus ritmos, calles, plazas, que permiten soñar, con inmediatos alrededores naturales y rurales, fondos visibles desde la urbe».

Esto último digamos que incluso quiere probarlo Unamuno con precisión sociológica, afirmando en otro texto: ⁴

«Ferrero aseguraba que lo mejor para el mejor desarrollo de una individualidad y de la cultura de un pueblo son las pequeñas ciudades, las villas de 20 a 40.000 habitantes, como las de las universidades alemanas, y tanto mejor cuanto de más profunda naturaleza estén rodeadas. Las individualidades potentes suelen ahogarse en los lugarejos y en las grandes ciudades: en aquéllos, por sobra de vida nutritiva y falta de vida de relación, y en éstas, por la inversa».

E igualmente su preferencia por estas pequeñas ciudades es notoria en las que se incluyen en sus *Poemas de los pueblos de España* (Unamuno, 1961: 87 y ss.) como tales «Ciudades» o como «Pueblos».

Cualitativamente se extiende Unamuno en las ventajas y encantos que ofrecen dichas ciudades a propósito de una estancia en la «villa» de Ledesma: que ofrece «reposo» y «frescura»; que permite dejarse «empapar en la sedante lentitud de aquella vida y salir de continuo al campo circundante»; que dejan captar «la intimidad de la vida... dejándose llevar de ésta como de río que los transporta al mar; en suma, «sólo en la paz de estas villas tienen las impresiones tiempo de sedimentarse... las ciudades nos hacen cinematográfico el espíritu...». Por todo ello, pues, —concluye Unamuno—, estas villas me atraen poderosamente (Unamuno, 1970: 56-58).

III. EL AMOR AL CAMPO Y EL SENTIMIENTO ESTÉTICO DE LA NATURALEZA

Por nuestra parte, y para acercar el tema de los espacios que propician la contemplación meditativa a nuestro objeto de estudio, que es la reflexión de Unamuno sobre el campo y los paisajes agrarios, veamos algunas de sus meditaciones sobre el concepto amplio e inconcreto que él asigna precisamente al «campo».

4 Vid. «Ciudad y Campo» en Unamuno, 1986: 171.

En *Por tierras de Portugal y España*, de 1911, aparece el texto que sigue sobre el inequívoco «amor al campo» de Unamuno (1960: 182-183):

«El Sentimiento de la Naturaleza, el amor inteligente, a la vez que cordial, al campo, es uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura. El campesino lo ama, pero lo ama por instinto, casi animalmente, y lo ama utilitariamente. El hambre de tierra, tan característica del labrador no es lo más a propósito para aprender a amar desinteresada y noblemente a la tierra misma. El que tiene que tener su frente encorvada sobre la esteva del arado no es el que mejor puede gozar de la hermosura del campo».

[...]

«Y es, sin embargo, ese trabajo el que nos ha de enseñar a querer la tierra. El amor desinteresado al campo, el sentimiento de la naturaleza tiene su origen en la utilidad que aquél nos presta».

[...]

«Así es como el sentimiento estético de la naturaleza, nacido del agradecimiento a los favores que nos hace, sólo se perfecciona y acaba a medida que nos hacemos dueños de esos favores mismos de los que antes éramos esclavos.

Y ¿cómo —me digo— siendo ése un país agrícolico y ganadero, procediendo su riqueza del campo, no hay aún más amor del que haya a conocer esa fecunda, pródiga y amorosa tierra?».

Pero conviene hacer constar que en 1902, en el artículo «La Flecha» de *Paisajes* (Unamuno, 1966: 27 y ss.), el tema ya había sido abordado muy ampliamente y con precisiones, que tienen relación con el texto reproducido antes, y que son importantes, entre otras ésta:

«Hasta que el hombre no se emancipe de su madre material, la tierra, que le rechupa sudor y sangre, hasta que no se sacuda de las cadenas con que la historia le ha adscrito a la gleba; hasta que no movilice la propiedad territorial y haga de la agricultura una libre industria, hasta tanto no la llegará a ver por completo el campo con ojos de alma que bebe su reposo y en su sosiego se mete, no la llegara a ver como a madre, y no cual hoy como

madre en el parto, en el querer madrastra»

Pero establecido este firme amor al campo, cabe preguntarse qué entiende por tal Unamuno y qué es lo que el mismo comprende. No cabe duda que, en general, campo tiene relación con «Naturaleza» y, precisamente, sus reflexiones aquí sobre el susodicho «amor al campo» se hacen en un párrafo titulado «El sentimiento de la Naturaleza» (Unamuno, 1966).

Pero, aunque esto sea así, conviene precisar, como también lo hace nuestro autor. En primer lugar, ya sabemos de su amor preferente por la montaña, como puede observarse en estas afirmaciones que siguen, pero sin excluir la llanura. Escribe Unamuno:

«La montaña es amada y bien querida por todos los que queremos vivir grande, generosa y humanamente. Nunca he creído ni creeré jamás que a los ignorantes y egoístas les guste la altura. En las mismas condiciones están los débiles de espíritu...»

[...]

«Hermosa, hermosísima, sublime, la montaña. Pero dígame, amigo, y la llanada, ¿no es toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella a los espacios infinitos? Esta meseta de Castilla es toda ella cima» (Unamuno, 1960: 186-187).⁵

Por tanto, y en primera conclusión, he aquí que tenemos ya certificado por el autor que el amor al campo comprende la montaña, pero también la llanura, y en especial la inmensa llanura que es Castilla.

Pero, por otra parte, esta última paisajísticamente no cabe restringirla a sus adustos, aunque airosos páramos porque:

«No fue el ceñudo páramo el que le atrajo (a Fray Luis de León), no fue la llanada adusta campo de combates, sino que fue un tranquilo rincón a orillas del Tormes, fue un refugio de verdura y de sosiego, un asiento de paz. Con el amor a la paz se aunó y casi se confundió en su espíritu el amor al campo».

[...]

«Es (el paisaje antes aludido) un paisaje modesto, casi pobre, sencillísimo, lírico a la vez, sin exuberancias ni esplendideces deslumbradoras, con aire purísimo y extensión vasta, con ámbito transparente. Parece la tierra un mero soporte del cielo» (Unamuno, 1966: 30 y 34).

Luego, en segunda conclusión, se deduce que el amor al campo se extiende también a cualquier ameno y verde lugar, sosegado siempre e ineludiblemente «asiento de paz».

Por esto último, Unamuno al evocar tan pausada y amorosamente el paisaje en que Fray Luis concibió *Los Nombres de Cristo* alude a «vista de paz», «espectáculo de serenidad», «recogida de dulzura», «reposo del espíritu», lugar que «aumentaba de gusto la paz de sentirse fuera de ciudad». Este texto sintetiza y enfatiza «la paz del campo»:

«Una íntima calma parece desprenderse de la campiña que en la Flecha rodea al Tormes a la par que desde el cielo purísimo desciende al alma fecundante lluvia de paz. El silencio mismo que allí impera canta paz y a la paz bendice la soledad del sitio. Allí el maestro León se hartaba de campo, escuela viva de paz, y de paz gozaba allí como en ningún sitio» (Unamuno, 1966: 32 y 35).

O sea y como síntesis, que el campo sencillo e insignificante, faculta la contemplación meditativa y la reconciliación de nuestro espíritu, en general dicotómico en su sentir y siempre tendiendo al sentimiento trágico.

5 Vid. también en Unamuno, 1961: 68 y 75, «Tú me levantas» y «Paramera de Castilla».

Para constatar la importancia que Unamuno confiere a esa paz que en el campo se halla basta leer y meditar el inefable párrafo de «La Flecha», titulado «La paz en el campo», en que detalla, con fruición y mimo, los frutos de esta paz y que aquí sólo podemos explicitar con algunas de sus bellas palabras y expresiones, a saber: «la tierra toda morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura»; el campo proporciona «la fineza del sentir y de la soledad»; «los ánimos sencillos», «el sosiego y la libertad»; «el Pastor», que fue el título más querido que Fray Luis confirió a Cristo, «goza del cielo y de la tierra y de los demás elementos», percibe la armonía grandísima de los elementos; «la vida del pastor es inocente y sosegada y deleitosa»; «el pastor que guía su rebaño por las extensas praderas lo espera todo del cielo, de la gracia de Dios»; «¡Pueblos pastores que pasan sobre la tierra! ¡Pueblos labradores que se agrupan en torno a las ciudades! ¡Eterna dualidad de la historia humana!», etc. (Unamuno, 1966: 35-40).

IV. ¿QUÉ SIGNIFICADO TIENE PARA UNAMUNO EL PAISAJE RURAL / AGRARIO?

Aludido vagamente dentro de las meditaciones unamunianas sobre el campo, el paisaje rural/agrario, que es el profundamente modificado por el hombre para su vida y utilidad, conviene ahora que lo introduzcamos en nuestro discurso intentando contestar a la pregunta que se hace en el epígrafe.

Vaya por delante que analizando con detenimiento los libros de paisaje de Unamuno hay multitud de artículos en que no aparece alusión alguna a lo rural. En *Por tierras de Portugal y España*, de 26 artículos, sólo en 8, en *Andanzas y visiones españolas* solo en la mitad de unos 40. Y en otros sólo meras pinceladas sobre algún paisaje rural, observaciones sobre los habitantes del campo, etc. Y por el contrario, artículos y artículos, hacen un tratamiento repleto de referencias históricas, literarias, artísticas, amén del tema abordado sobre teoría del paisaje. Y es más gráfico observar que hay muchos artículos con tratamiento exclusivo de lo urbano —pueblos y ciudades— y nada del paisaje agrario intermedio, como es el caso por ejemplo en Castilla, en el itinerario de Salamanca-Barcelona, en las Rías Bajas, en Gran Canaria, etc.

Por otra parte, respecto al libro *De mi País* el subtítulo sintetiza su contenido, a saber: «Descripciones, relatos y artículos de costumbres», referidos al País Vasco, estando presentes entre estos temas etnológicos la referencia al paisaje ya plenamente urbanizado, especialmente el de Bilbao o convertido en espacio rururbano, pero sin entrar a fondo en ambos asuntos.

Y sépase que sobre el libro *Paisajes* no hay nada que añadir a lo ya dicho en apartados anteriores, y que en *Poemas de los pueblos de España* encontramos observaciones útiles sobre el paisaje rural/agrario de diversas regiones españolas, pero aquéllas no son ni abundantes ni sistemáticas. Por último, hay que indicar también que la novela *Paz en la guerra* está transida toda ella de referencias, nostalgia y detalle sobre el paisaje rural, que, en gran medida, es escenario de la guerra carlista.

En conclusión, pues, las fuentes de estudio para este objeto la constituyen una parte de los libros primeramente reseñados con la ayuda de observaciones dispersas de los otros libros unamunianos que tratan del paisaje.

Sin embargo, pese a que no sea tema preferente el del paisaje rural/agrario en la obra de Unamuno, no es frecuente encontrar en ella repulsa explícita del paisaje agrario; es más, yo sólo conozco esta actitud a propósito de determinados paisajes muy artificializados de Canarias. Veamos un ejemplo en que esta repulsa es evidente.

«No es, no, el verdor ficticio de los platanares que allá, en la Orotava de Tenerife, encantan a los boquiabiertos turistas que se enamoran de hojarascas y de perifollos».

[...]

«Humildes, más bien rastreras, son esas plantas rastreras, son esas plantas artificiales, como los perritos y los gatitos falderos, esas plantas que acarician a las damiselas aburridas y frívolas».

[...]

«¿Qué saben de estilo esos estilistas de invernadero que a fuerza de abonos químicos arman una hojarasca sin perfume? Eso no es estilo ni nada que lo valga».

[...]

«Ahora alumbrando agua de sus entrañas rocosas, aguas salobres empiezan a revestirla del verdor de los alfalfares y de las tomateras; pero cuando el verde esmeralda de la alfalfa haya revestido las gavias de este suelo, habrá desaparecido el estilo. ¿A quién se le ocurre hablar del estilo del valle de la Orotava, en Tenerife, donde se tienen hacia el mar, en la falda del Teide, los platanares?».

[...]

«Ahora que los hombres superficiales gustan del estilismo de un jardín, de un campo estilizado por el jardinero, y no sienten la hondura del estilo de una tierra desnuda, son pocos los que llegan a comprender —comprender es la palabra— el estilo del Sahara o siquiera el del páramo castellano. Están hechos a restregarse la vista con el verdor ficticio de las huertas de abono, y no saben restregarse el corazón con la parda desnudez de los entrañados páramos».⁶

Y es evidente también, por lógica con lo analizado, que en los artículos de montaña prevalecen consideraciones filosóficas sobre el paisaje integral sin alusiones a lo rural ni siquiera mínimas. Incluso en las panorámicas o *tours d'horizon*, a que tan aficionado es Unamuno, y donde se visualiza el paisaje rural ibérico tantas veces como en un plano catastral, tampoco figuran alusiones a lo rural. Ejemplos de esto pueden verse en las panorámicas entre «De Oñate a Aitzgorri», «El silencio de la cima», «En la Peña de Francia», etc. Y es muy interesante la que quizás es la razón última de por qué a Unamuno no le interesa el paisaje rural de montaña en el artículo «Al pie del Maladeta». Dice así el texto:

«En uno de aquellos vallecitos altos unos pobres hombres segaban, a fines de agosto, centeno, que allí llamaban *blau*. Lo trillarán después acaso a látigo. Y los hombrecitos, abrumados por las montañas, que les quitan luz de sol, parecían

6 «La Aulaga Majorera (Divagaciones de un confinado)» y «Una isla, un estilo», incluidos en Castro Morales, 1999: 300 y ss. Véase también Castro Morales, 2005: 215-216.

hormigas. La montaña achica al hombre, porque se agazapa a vivir a su pie o en sus rinconadas y repliegues. Sólo se engrandece cuando pisa su cumbre; ¿pero qué montañés gusta de subir a ella? El montañés no es hombre de las cumbres, sino el hombre de los repliegues del pie de la montaña; no es el que domina a ésta, sino el que es dominado por ella» (Unamuno, 1955: 199).

Pero, pese a todo, es muy importante, como probaremos a continuación, la aportación de Unamuno para *la interpretación de los paisajes rurales españoles*, a los cuales, digamos, que metodológicamente accede a través de cuatro consideraciones que me parecen claves:

1º. *Amplio sentimiento* —ya tratado antes— *por toda la Naturaleza*, que comprende todo el campo, y que a todo él lo convierte en paisaje, aunque siendo propio y genuino del hombre culto y no del campesino como se ha visto en un texto precedente.

Por otra parte, a este propósito Unamuno no desconoce que «el sentimiento estético de la Naturaleza es un sentimiento moderno, que en los antiguos no estaba sino esbozado, que es de origen romántico, y no falta quien añada que su principal sacerdote Rousseau». Pero no hay que exagerar esta tesis, porque «los antiguos eran poco paisajistas, el paisaje no era para ellos sino un medio para resaltar al hombre, pero lo sentían». Ejemplo de ello es el Quijote, cuadros de Velázquez y en especial a nuestros efectos «Virgilio, que describía pocos paisajes, pero la sensación íntima, profunda, amorosa, cordial del campo nos la da como nadie». Y recuérdese que esto, o sea, el paisaje como estado de conciencia, es lo esencial, lo que lleva a la reconciliación entre el sujeto y el objeto. Por ello a Unamuno no le satisface el descriptivismo meramente objetivo, por perfecto que sea, como el de Pereda, pero que «no comulgaba con el campo;...viéndolo muy bien, con perfecto realismo pero sin confundirse con ello» (Unamuno, 1960: 183-185).

2º. Como corrolato de esta amplia visión de la Naturaleza, que comprende también el campo, para Unamuno *no hay paisaje feo*, y por tanto todo el campo puede ser paisaje. En el texto que sigue esta afirmación es taxativa en relación con el paisaje de Castilla en general:

«Para mi no hay paisaje feo. Al llegar acá, a Castilla, cuyos campos representan no poca semejanza con lo que nos dicen ser la pampa, me hablaban todos de la tristeza y fealdad —confunden lo triste con lo feo— de esta campiña sin árboles ni arroyos, y me ponderaban la belleza del paisaje de mi tierra vasca. Y les sorprendía el oírme decir que prefiero este paisaje amplio, severo, grave; esta única nota, pero nota solemne y llena como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio. Estos pueblos terrosos, que parecen excrescencias del terreno o esculpidos en él, me dicen más que aquellas casitas blancas, con sus tejados rojos, que se ve han sido puestas por el hombre en aquellos vallecitos verdes. O la montaña bravía, la de los Pirineos o los Picos de Europa, o la llanura. Pero también me gusta recogerme en aquellos mis vallecitos vascos, que atraen y retienen como un nido» (Unamuno, 1960: 183).

Este texto, no obstante, es ambiguo especialmente en cuanto a la valoración comparativa del paisaje castellano y vasco. Hay que ver estas aseveraciones a la luz de un artículo impor-

tante, a saber, «En Alcalá de Henares. Castilla y Vizcaya», de 1889, que, Unamuno dice, haber incorporado después a *En torno al casticismo*, y que también se relaciona con el texto reproducido de *Por tierras de Portugal y España* (Unamuno, 1959: Prólogo y 63 y ss.).

Dicho artículo incluye una magnífica descripción visual del paisaje del campo de Alcalá, que también está pletórica de contenidos metafóricos y simbólicos, por ejemplo, al afirmar que en este paisaje «la tristeza llena de sol, de aire, de cielo», «infunde melancolía tranquila»; «sus horizontes dilatados me recuerdan el ¡Sólo Dios es Dios!», etc.

Pero —prosigue— «es corriente entre las gentes, tanto de aquí como de allí (allí es nuestro país) aborrecer este paisaje y admirar el nuestro; hallar esto horrible y aquello atractivo». No obstante, más objetivamente,

«me bastaría —dice Unamuno— que usted, cuyo buen gusto es para mi indiscutible como hecho, me bastaría, digo, que usted siendo hijo de nuestras montañas prefiera esta sequedad severa a aquella frescura, para que buscara la razón de tal gusto.

¿Es esto más hermoso que nuestro país? ¿Tiene la preferencia de usted fundamento estético?»

Sin duda para el pintor, el paisaje del País Vasco acusa carencias tales como que al dibujarse la silueta de montañas todo aparece «de un verde agrio, monótono e ingrato»; que «faltaban términos para componer el cuadro, y sobre todo, luz, esa luz que le presta vida, relieve, animación, encanto»; «nuestro país, añadía usted, es más *bonito*, pero es menos grave, menos hermoso».

Pese a lo cual, Unamuno por entonces, parece inclinarse por el paisaje del País Vasco como se deduce de estas aseveraciones:

«Yo soy menos grave, menos melancólico que usted, y prefiero mis encañadas frescas, mis paisajes de nacimiento de cartón, el cielo de nubes, los días grises, todo lo que acompañado de tamboril y chistu, después de merendar bien y beber buen chacolí, da una alegría agria. Yo prefiero el placer de subir montes por gastar fuerza, para sudar la humedad endémica; yo prefiero ver bajar el sol, velado por el humo de las fábricas, y acostarse tras los picos de Castrejana. ¿Qué hay poco horizonte? Mejor. Así está todo más abrigado, más recogidito, más cerca».

[...]

«Yo nada encuentro como mis montes que me cobijan, mis valles que en una mirada se acarician, los caseríos blancos, los árboles hojosos, y pensar en mañana viendo sobre el humo de las chimeneas el penacho de humo de las fábricas» (Unamuno, 1959: 69-71).

Pero, sin negar el entrañable amor que Unamuno siempre tuvo por su paisaje natalicio, en estas opiniones y en otras muchas que parecen tan claras, nos parece que no falta en ellas sin duda voluntarismo, supuesta también su ininterrumpida preferencia por el paisaje castellano, médula de su concepción de España como hemos tenido ocasión de tratar anteriormente.

Terminada la digresión, insistamos en que no hay paisaje feo para Unamuno, como hemos visto, y que en este otro texto se hacen similares aseveraciones para los «solemnes páramos de la Mancha»:

«Es como cuando se habla del campo de Castilla, de los solemnes páramos de la Mancha y se dice que son áridos y tristes, queriendo decir con eso que son feos. Y debo confesar que a mí me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo, sobre todo a la hora de la puesta del sol, cuando lo enciende el ocaso, que uno de esos vallecitos verdes que parecen de Nacimiento de cartón. Pero en el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último de que se llega a gozar. Hay quien prefiere una colinita verde, llena de arbolitos de jardín, a la imponente masa de uno de los grandes gigantes rocosos de la tierra» (Unamuno, 1955: 51-52).

Y por último, es también muy significativo el ejemplo concreto de las tierras de Sigüenza, precedidas por cierto desde el límite con Aragón por un paisaje ciertamente lunar, pero igualmente bello:

«Atravesamos las tierras trágicas de la sobremeseta aragonesa, las tierras de hacia Medinaceli, de las que me decía un francés que parecen de un paisaje planetario, lunar. Hacia Sigüenza hay, unas tierras tristes, pero bellas. Verdad es que yo no he encontrado todavía paisaje feo ni comprendo cómo hay quien lo encuentre. Como no comprendo que se confunda lo triste con lo feo. Hay tierras tristes, trístimas, desoladas, sahárnicas, esteparias, pero muy hermosas, solemnemente hermosas. Y esas tierras trágicas de hacia Sigüenza, esas tierras que parecen leprosas, son bellas también» (Unamuno, 1955: 144).

En conclusión, para Unamuno no hay paisaje feo y cree que no se debe confundir triste con feo; es por ello que realza y valora muchas de las tierras que cantara Machado y también como él, comprende y goza del humilde paisaje agrario, discontinuo y ruín, estepario como en general lo es el de gran parte de Castilla.

3°. Consecuente también con esa valoración universal de la Naturaleza, en que se empeña Unamuno, como hemos visto, exalta ciertamente la montaña pero siempre, a renglón seguido, no quiere nunca olvidar *los valores paisajísticos de la llanura*. De forma que, como hemos dicho, «hermosa, hermosísima, sublime la montaña, pero dígame, amigo, y la llanura ¿no es toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella a los espacios infinitos? Esta meseta de Castilla es toda ella cima» (Unamuno, 1960: 187).

Sin duda aquí se implican dos hechos importantes. Es el primero que sin valorar el paisaje de llanura, Castilla no hubiese podido desempeñar un papel tan fundamental en el conjunto del paisaje ibérico. Aunque Unamuno tiene bien claro que el paisaje de Castilla no es sólo llanura como bien expresa en este texto:

«Los que hablan de Castilla, León y Extremadura como si no fuesen más que pelados parameros, desnudos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, ári-

dos y tristes, no han visto estas tierras sino al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra, tened por seguro que en el seno de ella se esconden valles que superan en verdor, en frescor y en hermosura a los más celebrados del litoral cantábrico. Por mi parte prefiero los paisajes serranos de Castilla y de Extremadura. Son más serios, más graves, más fragosos, menos de cromó. Están además, menos profanados por el turismo y por la trivial admiración de los veraneantes» (Unamuno, 1960: 104).⁷

Precisamente una gran innovación de la Generación del 98 es también valorar la llanura y con ella a Castilla frente a los excesos despreciativos de los románticos respecto a una y/o otra.

Y el segundo hecho, consecuencia lógica e ineluctable de lo que estamos diciendo, es que la valoración de la llanura conduce a la *apreciación del paisaje agrario*. Es precisamente lo que a Unamuno expresa con maestría en Mallorca en estos dos textos que siguen, tan elocuentes por sí mismos:

«Ignoran que las llanuras me encantan tanto como las montañas, y que si éstas me tientan a treparlas para descubrir desde su cumbre más amplios horizontes, gozo de éstos sosegadamente desde el llano. Y que es hermoso aquí ver ponerse el sol tras de la sierra del Norte, la más elevada de la isla, que se alza allá, a lo lejos, destacándose sobre las verdes ondulaciones del terreno. Porque la llamada llanura no es una pampa o una estepa, no es como la llanura de la Mancha o el páramo de entre León y Palencia, sino que es un terreno ondulado cubierto todo él de árboles de cultivo... ¡Qué grato es contemplar tumbado allí arriba los quietos rebaños de almendros, de higueras, de algarrobos, de vides, de pinos, que arraigan en las mansas oleadas petrificadas de la tierra de la roqueta! Y a lo lejos el mar» (Unamuno, 1955: 164).

«En Mallorca son algo injustos con el llano en punto a su belleza. El deslumbramiento que produce la hermosura de la costa montañosa del Norte, de sus espléndidas calas, de sus valles y sus barrancas, de sus rocas encendidas que avanzan a bañar su fulgor en el añil del mar, que es como una sangre, todo eso hace que no se aprecie lo debido la copiosa apacibilidad del riente llano de higueras, olivos, almendros y algarrobos» (Unamuno, 1955: 166).

4º. Y, por último, de acuerdo con todo lo anterior, son muy importantes en Unamuno *las funciones físicas, éticas y espirituales que confiere al campo*, sintetizadas, creo, en que «el campo es una liberación» frente a «la ciudad odiable y odiosa del trájín social» y que «salgo a él —dice el autor— a hacer repuesto de paisaje». «Por ello —prosigue— la esperanza de volver a él es una de las cosas que más y mejor sostienen en medio del tráfigo de las ciuda-

⁷ Vid. también cómo, en los *Poemas de los pueblos de España*, en la parte III, dedicada a Castilla, el apartado b) se refiere precisamente a «La montaña» y en ella se incluye el inmortal poema «En Gredos» de 1911 (Unamuno, 1961: 77 y ss).

des». Este texto que sigue sintetiza bellamente y con pasión la función terapéutica —física y espiritual— que cumple el campo:

«Pero no es lo mismo para aquel que encuentra en el campo un Evangelio y absorbe en la montaña, tanto más que efluvios estéticos, efluvios éticos. Porque el campo libre es una lección de moral, de piedad, de serenidad, de humildad, de resignación, de amor. El campo nos ama, pero nos ama sin fiebre ni frenesí, sin violencia».

[...]

«¡Desdichado del hombre que se aburre si tiene que permanecer solo unos días en medio de la campiña libre! ¡Desdichado del hombre que no puede prescindir del ruido y el trajín de sus prójimos!, porque este tal no se ha encontrado a sí mismo, ni ha sabido siquiera buscarse, ni se ve sino reflejado en los demás» (Unamuno, 1955: 37).

Pero este texto, recogido en *Andanzas y visiones...* de 1911, y que se titulaba «Ciudad, Campos Paisajes y Recuerdos», hay que completarlo, en cuanto a antiurbanismo se refiere con otro, «Ciudad y Campo» de 1902, recogido en *Obras Selectas* (Unamuno, 1986: 161 y ss.).

Es tema central del artículo el antiurbanismo de Unamuno, exaltado al máximo y compendiando todos sus males con el ejemplo de Madrid. Entre otros, estos son algunos de estos males:

— «Suelo experimentar en Madrid un cansancio especial, al que llamaré cansancio de la corte —dice Unamuno—, debiendo esto llevar a cierto estado de fatiga y sobreexcitación, casi de irritabilidad». «Yo no sé si eso que llaman neurastenia será una enfermedad especialmente ciudadana; pero si no lo es merecía serlo».

— La acumulación de excitaciones sensoriales es tal que no puede ser asimilada por el sujeto y ello lleva a eso que se afirma de que en las ciudades «se vive demasiado a prisa».

— La monotonía de las grandes ciudades, «su tremenda monotonía», y «de aquí, el que la superficialidad sea un padecimiento urbano».

— Acaso la civilización va demasiado deprisa y no podemos seguirla. De ello se deduce que en la ciudad hay más medios de estudio, «una superabundancia de esos medios», pero no hay tiempo para leer con calma y meditar lo que se lea.

— Madrid pulula en vagabundos y atrae al «estéril vagabundaje callejero», como por supuesto ocurre también en el resto de las grandes ciudades.

— Otra cosa que repugna «en ese vasto avispero, es el vaho de afroditismo que exhala, aunque no tan marcado y fuerte como el de París». Pero por supuesto el exceso de la vida de relación que provoca los instintos sexuales engendra también toda clase de perturbaciones y anomalías, etc, etc. (Unamuno, 1986: 162-163 y 165-167).

Obsérvese que en estos males, limitaciones e inconvenientes de la ciudad, predominan más los que coartan y perjudican al hombre que los que afectan al paisaje, y en tal sentido la doble clave del argumento de este artículo es esta:

«Mientras el organismo humano no se haya adaptado a la vida de ciudad y no haya salido del *homo rusticus*, que es nuestra base, el *homo urbanus*, que hoy por hoy es pura cáscara, la ciudad causará estragos en los hombres».

[...]

«Mil veces se ha hecho la observación —Taine la acentuó— de que los más sustanciosos genios humanos han sido, o aldeanos ellos mismos o hijos de aldeanos».

Y, por otra parte, y es la segunda clave que queremos resaltar, dice Unamuno:

«Los celos y rivalidades entre las grandes ciudades me parece soberanamente ridículo, porque nadie me quita de la cabeza que todas son iguales, y que un rincón de aldea de mi país vasco, otro de Cataluña, otro de Galicia, otro castellano y otro andaluz se diferencian más entre sí que sendas calles de Madrid, de Barcelona, de París, de Berlín o de Londres pueden entre sí diferenciarse...todas entre sí asimílanse dentro del tipo común del *homo urbanus*».

[...]

«Creo, con otros muchos que también lo creen, que entre la ciudad y el campo hay más distancia espiritual que entre dos más distantes climas, y que antes debe indagarse de un escritor, verbigracia, si se crió y formó en una gran población o en un lugarejo, que no si se crió y formó en el Ecuador o en la zona templada, y creo también que hay mucha más diferencia de un gaucho a un mujik, o de un tío de la Mancha a un *farmer* del Middlesex, que de un bonaerense a un peterburguense o de un madrileño a un londinense» (Unamuno, 1986: 168 y 171-173).

Este acusado antiurbanismo unamuniano ha sido también interpretado y glosado por Alvar (1966: 18-20) que ve a Don Miguel, homólogo de Fray Luis de León, encontrando su alma al huir de la ««odiable y odiosa ciudad», «del trajín social, de las vanidades y de las envidias»», «fuera de la corte, hechura del pecado, hacia el campo, creación de Dios». Saca a relucir Alvar los fundamentos bíblicos y clásicos grecolatinos de este antiurbanismo, concluyendo e interpretando con Unamuno:

«La civilización es un desierto, la *civitas* terrena es la soledad, mientras que la terca independencia mantenida es el único camino que nos lleva a la compañía de Dios».

No obstante, este antiurbanismo, tan propio de la Generación del 98, no es aplicable a las ciudades medias y pequeñas, apacibles e históricas, a su Salamanca de adopción —como hemos ya dicho— donde se produce una *perfecta simbiosis paisajística entre ciudad-campo*, como es bien notorio en este texto:

«La encina parece un árbol férreo, ni el vendaval la dobla o la sacuda, como hace estremecer al chopo la más ligera brisa. Y denso, inmóvil y perenne es también el follaje de piedra de estos viejos monumentos salmantinos. Las pie-

dras doradas por soles de siglos de nuestra catedral, de nuestro templo de San Esteban, de nuestra Universidad, son como el follaje de las encinas. Y así, al contemplar los pináculos de la catedral, sueño en las encinas de las anchas navas, y al apacentar mi vista y mi corazón en éstas me corre por dentro, en curso soterraño del alma, el recuerdo de las piedras hojosas de nuestros monumentos de arenisca.

Así llevo la ciudad al campo y traigo el campo a la ciudad. Pero la ciudad que es a su vez también campo, la ciudad hecha naturaleza serena, impasible y noble. Una catedral es también un bosque, y hay paisajes, verdaderos paisajes ciudadanos, sobre todo en las viejas ciudades, en aquellas sobre cuyos monumentos y viviendas han pasado los siglos que sobre un bosque pasan» (Unamuno, 1955: 33).

En resumen, pues, según la básica concepción metafórica del paisaje unamuniano, aquí hay una doble y recíproca metáfora: el campo interpretado como algo arquitectónico y la arquitectura ciudadana y la ciudad transmutadas en Naturaleza.

V. EL PAISAJE QUE NOS VIO NACER

No menos importante es también el profundo significado que Unamuno atribuye al *paisaje primero que nos vio nacer y nos conformó*, como claramente se expresa a continuación:

«Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma, aquellas montañas, valles o llanuras en que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba, todo eso nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma» (Unamuno, 1955: 35).

Y más en concreto estos paisajes de la niñez para Unamuno son los de Bilbao, como expresamente manifiesta en el prólogo *De mi País*:

«Para mí la patria, en el sentido más concreto de esta palabra, la patria sensitiva —por oposición a la intelectual o aún sentimental—, la de campanario, la patria, no ya chica, sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como puedo abarcar a Bilbao todo desde muchas de las alturas que le circundan, esa patria es el ámbito de la niñez, y sólo en cuanto me evoca la niñez y me hace vivir en ella y bañarme en sus recuerdos tiene valor» (Unamuno, 1959: 11).

Sin duda nuestro autor es en esto coincidente con las aseveraciones de Pocok (1981: 338 y 341, 1988: 91)⁸ que nos habla de que la clave más profunda de carácter cognoscitivo respecto al espacio estriba en la distinta predisposición y capacidad del sujeto para captar lo que

8 Vid. también López Ontiveros, 2006: 13-40.

llama *early place* (lugar originario) y *subsequent place* (lugar subsiguiente) o todo lugar distinto de aquél. Afirma este autor que «un lazo crucial e indeleble se establece con el lugar de origen u «hogar»... y sigue siendo el centro de nuestro cosmos ordenado egocéntricamente y que contiene nuestro único e irrepetible comienzo...nuestro lugar de nacimiento deja una marca al determinar el sendero con el que percibimos el mundo».

Ahora bien, tras estos fundamentos, debemos destacar dos aspectos de geografía unamuniana del País Vasco que nos interesan.

Es el primero que en el Bilbao comercial e industrial que encuentra Unamuno en sus visitas, está siempre presente la evocación y nostalgia de la ciudad de la niñez, una ciudad aún con tintes rurales, como se expresa en «Solitaña» (Unamuno, 1959: 35-37):

«Aquellos acentos acudían en el alma de don Roque su fondo yacente y sentía en ella olor a campo, verde como sus paños para sayas, brisas de aldea, vaho de humo de caserío, gusto a borona. Era una evocación que le hacía oír en el fondo de sí mismo, y como salidos de un fonógrafo, cantos de mozas, chirridos de carros, mugidos de buey, cacareos de gallinas, piar de pájaros, algo que reposaba formando légamo en el fondo del caracol humano como polvo amasado con la humedad de la calle y de la casa».

[...]

«Cuando llegaba alguno de su pueblo y le hablaba de su aldea natal, se acordaba del viejo caserío, de la borona, del humo que llenaba la cocina cuando, dormitando con las manos en los bolsillos, calentaba sus pies junto al hogar donde chillaban las castañas, viendo balancearse la negra caldera pendiente de la cadena negra. Al evocar recuerdos de su niñez, sentía la vaga nostalgia que experimenta el que salió niño de su patria y vive feliz y aclimatado en tierra extraña».

En *Paz en la guerra* aparecen reiteradas observaciones similares a las anteriores como en el texto que sigue, en el que uno de los protagonistas, Pedro Antonio, siente su nostalgia por la vida campesina:

«Cuando en sus paseos ve una vaca, o un aldeano layando, o se fija en el cabri-lleo de los plateados reflejos de los maizales verdes; al acordarse de su infancia, oye eco lejano de mugir de vacas por la montaña, chisporroteo de castañas en las noches domésticas del hogar de invierno. Piensa entonces en si le hubiera sido mejor no haber salido de la aldea natal, sudar en ella sobre la tierra madre, y ver, inocente de la historia, salir un sol nuevo cada día» (Unamuno, 1979: 504).

También en la misma obra es muy clara la comprensión, cariño y utilidad social que Unamuno asigna a la vida rural, ya que se refugia

«en los repliegues verdes (de la montaña) una muchedumbre dispersa que vive en serio, sin buscar a la vida quintaesencia, desinteresadamente; madrèporas sociales que levantan el basamento de la cultura humana».

[...]

«Cuando al descender —Pachico— de aquellas alturas vuelve a bordear los sembrados, plantíos y caserías, y a saludar a algún labriego que brega con la tierra esquiva, piensa en cuán gran parte es esta obra del hombre, que, humanizando a la naturaleza, la sobrenaturaliza poco a poco» (Unamuno, 1979: 507-510).

En este contexto también es ilustrativo el artículo «Chimbos y Chimberos» (Unamuno, 1959: 79 y ss.), donde se rememoran y describen las actividades cinegéticas de los bilbaínos, «chimberos», por los entornos de la ciudad antes de la industrialización, así como las celebraciones gastronómicas que ellas conllevaban. Ni más ni menos todo esto como lo haría bastante después M. Delibes en sus muchas publicaciones sobre el modesto cazador urbano de Valladolid. Y todo ello para concluir el artículo con la resignada y triste aceptación de la fuerza del progreso que engendra riqueza.

«En la rápida transformación de nuestro pueblo, es el chimbero, animal cuasi fósil, penumbra de lo que fue.

El Bilbao de las narrias y de los chimberos se ha transformado en el del tranvía urbano y los cazadores de acciones...mientras elevan las fábricas al espacio el himno fragoroso de la fuerza omnipotente del trabajo que crea, sostiene, destruye y vivifica todo ¡ánimo, hijos de los viejos chimberos! ¡A cazar el pan para los hijos!» (Unamuno, 1959: 113).

Todo lo anterior, amén de la visión paisajística que estas actividades rururbanas conllevan, puede corroborarse en su primera novela *Paz en la Guerra*, como se sabe, la única del autor que no es ajena al paisaje, ni tampoco a la evocación del Bilbao preindustrial.

E incluso es bien significativo que para igual período, Moeller dedique el capítulo I de su estudio sobre Unamuno a las «Montañas de Mi Tierra (1864-1880)», donde aparece una evocación paisajística de las montañas del entorno de Bilbao, del Bilbao urbano y del mar, y la influencia que ello ejerció en el autor (Moeller, 1960: 57-61).

Pero, creo, que donde Unamuno profundiza más, y más sistemáticamente en el Bilbao de su niñez, es en el excelente artículo «Mi Bochito» (Unamuno, 1959: 128-134). Comienza el texto con estas afirmaciones de nostalgia romántica de su Bilbao natal:

«Francamente, voy perdiendo la gana de volver a Bilbao, y no me deleita el saber de sus progresos. Que progrese, sí, que progrese; mas sin que yo lo vea, a serme posible. ¿No ha de sernos concedido alimentar en el alma el rescoldo de la ilusión romántica?

Cuando más prospera y crece mi pueblo, menos me atrae, porque tanto más destruye el retrato que de el yace prendido en el cristal de mi espíritu».

[...]

«Austero, algo tristón el pueblo todo: pero, ¡qué íntimo contento bajo aquella reposada tristeza ambiente! ¡Qué sosiego de vivir bajo el plomizo cielo, entre la llovizna terca!

Pero poco me importa que se transforme y cambie la villa del Nervión, si en el relicario de mis memorias infantiles permanece incólume mi Bilbao, mi

bochito, el mío, ¡el mundo de mi infancia y de mi juventud!» (Unamuno, 1959: 128-129).

Sigue la precisa descripción del barrio bilbaíno que le vio nacer y sobre todo la manzana en la que creció: «la placenta de mi espíritu embrionario, el que fraguó la roca sobre que mi visión del universo se posa». Y avanza el escrito con un tema tan importante para nosotros como las «excursiones dentro del *«bocho»* (Bilbao) mismo» y «las correrías por los amenos alrededores de Bilbao».

Respecto a las primeras recuerda a Unamuno «la riente huerta de Albia, sobre la que extiende hoy sus garras el Ensanche». «Hoy —evoca el autor— son muchos de aquellos rincosillos de verde follaje lo más feo que puede darse: solares de construcción» (Unamuno, 1959: 131-132).

Y en cuanto a los alrededores de Bilbao merece detenerse en la remembranza del hayedo de Buya, recordado así:

«Mentira me parece que a media hora de Bilbao se conserve aún —si es que en estos tres años que de mi pueblo falto, no me lo han estropeado— aquel refugio de Buya, aquella anacorética garganta, con la espesura de sus hayas, de plateada corteza, y su inquieto arroyo: aquel resto del agosto bosque virgen primitivo».

[...]

«Allí, para purificarme de los inquietadores pruritos de la villa, de la infección del trato humano, allí he ido a sumergirme en la sombra de las hayas, a leer entre los helechos, acostado en la madre tierra, las páginas adormecedoras del inmenso *Obermann*, canto de cuna del insondable enigma. Y por allí, en un descampado, sobre una explanada, descansa una de esas viejas casas solariegas, agazapada en la falda de la montaña».

Concluyendo Unamuno con esa resignada tristeza que ya hemos denotado en algún otro texto:

«Y ahora, que me he desahogado... ¡viva Bilbao! Es decir, transfórmese, cambie, depúrese, rompa su estrecha cárcel de crisálida y échese a volar sobre el fragor de la industria, que con el capullo vacío nos quedaremos los que hagamos del alma panteón de dioses muertos, de héroes deificados por la muerte purificadora» (Unamuno, 1959: 132-134).

Por otra parte, creo que será útil completar esta evocadora geografía de Bilbao y sus alrededores con la lectura de varios *Poemas de los pueblos de España* como los siguientes.

— En «Las magnolias de la Plaza Nueva, de Bilbao», enjuicia así Unamuno esta transformación urbana:

«Mi Plaza Nueva, fría y uniforme,
cuadrado patio de que el arte escapa;
mi Plaza Nueva puritana y hosca,

¡tan geométrica!»
[...]
¡Llegaba primavera con sus flores
y el perfume, recuerdo de la selva,
a embalsamar el patio despedían
las blancas ánforas».
(Unamuno, 1961: 47-48).

— «Las estradas de Albia», es un poema inefable en el que con «pesadumbre» y «resignación», con nostalgia y melancolía, se lamenta el autor de la naturaleza que se ha matado en la ciudad modernizada:

«Aquí, donde hoy esta plazuela, antaño
se alzaba el Árbol Gordo,
y las que hoy son cuajadas calles eran
huerta y verdura.
Mi pueblo me es extraño;
Mi Bilbao ya no existe;
Por donde un día fueron sus afueras
Hoy me paseo triste».
[...]
«¿No he de volver a verte, campa de Albia?
¿No ha de arrollarse, al fin, en rolo espeso,
el tapiz del camino de mi vida?
¿Todo ha de ser progreso?
¿No ha de juntarse, al cabo, todo en uno?»
[...]
«¡Ay, mis queridas huertas,
abrumadas al peso de estas casas
en que el afán y la carcoma habitan!»
(Unamuno, 1961: 49-51).

— Semejante vigor y significado aparecen en el poema «Al Nervión», que sin duda es clave en la geografía urbana de Bilbao, y que Unamuno rememora así su naturaleza esplendorosa primitiva y las transformaciones constructivas a que fue sometido posteriormente:

«Gozaste bajo el cielo la verdura
del valle en el sosiego, ¡quién me diera
ver tu niñez, Nervión, ver esos campos
cuando aún no eran la villa,
cual Dios los hizo!
Cortáronnos el curso, río mío,
Nos apresaron entre recios muros,
Nos robaron verduras de la orilla,

¡juguetea por el valle
ya no nos dejan!».
[...]
«Cual tú, preso entre muros, hoy trasporto
cargas de pensamientos en mis aguas
y en vez de nubes blancas o de rosa
reflejo, canal triste,
¡negrura de humos!»
(Unamuno, 1961: 54-55).

Este es, pues, el paisaje que vio nacer y conformó la psicología paisajística de Unamuno. Nunca lo abandonará, y su remembranza es un bello canto geográfico a la ciudad preindustrial y su entorno rururbano, un lamento a la naturaleza que se mata en aras del progreso, que se acata resignada pero tristemente. A este paisaje bilbaino se sobrepondrá, no obstante, con más vigor aún el adusto y bello, clamoroso y eterno paisaje castellano.

Pero todo lo precedente sobre la alta apreciación que Unamuno hace del paisaje rural, hay que reafirmarlo y ampliarlo con *la caracterización, descripción y exaltación que con carácter monográfico lleva a cabo de algunos paisajes españoles*. Un análisis —ciertamente selectivo y sin ánimo exhaustivo— se hizo sobre estos paisajes en una aportación a «las Actas del IV Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico» que sobre este mismo tema precedió al que ahora se presenta. Simplemente a efectos informativos sépase que los paisajes unamunianos que se caracterizaron entonces fueron los siguientes: «Paisajes rurales de Castilla»; «Mallorca: una Arcadia feliz»; «El paisaje de Fuerteventura y la Aulaga Majorera»; «Un apunte sobre el paisaje gallego» y «Paisajes de Extremadura y la monografía rural sobre las Hurdes».⁹

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, M. (1966): «Introducción», en UNAMUNO, M. de: Paisajes. Estudio y edición de Manuel Alvar. Madrid, Ediciones Alcalá.
- CASTRO MORALES, F. (1999): «Identidad, paisaje y vanguardia: el destierro de Miguel de Unamuno en Fuerteventura y el surgimiento de la vanguardia regional de las Islas Canarias», en HERMOSILLA, M^a A., CASTRO, F., CALERO, M^a L. y POVEDANO, E., eds.: *Visiones del Paisaje. Actas del Congreso Visiones del Paisaje Priego de Córdoba, noviembre 1997*. Córdoba, Servicio de Publicaciones, Universidad de Córdoba, 295-309.
- CASTRO MORALES, F. (2005): «Teoría y momentos del paisaje. Segundo momento: Sur, Paisaje Nativo. Miguel de Unamuno en Fuerteventura: una poética del paisaje antihumboldtiana», en CASTRO MORALES, F. y Otros: *Islas Raíces. Visiones insulares en la vanguardia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, Viceconsejería de Cultura y Deportes, y Fundación Pedro García Cabrera.

⁹ La descripción de estos paisajes está en vía de publicación por la Universidad Autónoma de Madrid y el Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico de la A. G. E. en las Actas del IV Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico (5-8 de febrero 2009).

- CSEJTEI, D. (1999): «La filosofía del paisaje en los ensayos de Unamuno». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II época, 34-35, 153-179. (1º ed. 1935).
- GARCÍA BLANCO, M. (1983): «Nota a la primera edición» [1944], en UNAMUNO, M. de: *Paisajes del alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2ª ed., 7-9.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1985): *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (2006): «Literatura, Geografía y representación del paisaje», en LÓPEZ ONTIVEROS, A., NOGUÉ, J. y ORTEGA CANTERO, N., coords.: *Representaciones culturales del paisaje y una excursión por Doñana*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles, 13-40.
- MARÍAS, J. (1986): «Prólogo», en UNAMUNO, M. de: *Obras Selectas*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 7ª ed.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1998): *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*. Madrid, Caja Madrid.
- MOELLER, Ch. (1960): *Literatura del Siglo XX y Cristianismo. IV. La esperanza en Dios nuestro padre. Ana Frank – Unamuno – Ch. Du Bos – G. Marcel – Hochwälder – Péguy*. Versión española de Valentín García Yebra. Madrid, Editorial Gredos.
- ORTEGA CANTERO, N. (2002): «Paisaje e identidad nacional en Azorín». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 34, 119-131.
- ORTEGA CANTERO, N. (2007): «La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)». *Ería*, 73-74, 137-159.
- POCOK, D. C. D. (1981): «Place and the novelist». *Institute of British Geographers. Transactions New Series*, Vol. 6, nº 3, 337-347.
- POCOK, D. C. D. (1988): «Geography and literature». *Progress in Human Geography*, Vol. 12, nº 1.
- UNAMUNO, M. de (1955): *Andanzas y visiones españolas*. Madrid, Espasa-Calpe, 6ª ed.
- UNAMUNO, M. de (1959): *De mi País. Descripciones, relatos y artículos de costumbres*. Madrid, Espasa-Calpe, 4ª ed.
- UNAMUNO, M. de (1960): *Por tierras de Portugal y de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 5ª ed.
- UNAMUNO, M. de (1961): *Poemas de los pueblos de España*. Prólogo, selección y notas de Manuel García Blanco. Salamanca-Madrid, Ediciones Anaya.
- UNAMUNO, M. de (1966): *Paisajes*. Estudio y edición de Manuel Alvar. Madrid, Ediciones Alcalá.
- UNAMUNO, M. de (1970): *Ensayos*, T. II. Madrid, Aguilar.
- UNAMUNO, M. de (1979): *Paz en la Guerra*. Edición de Francisco Caudet. Madrid, Ediciones Cátedra.
- UNAMUNO, M. de (1983): *Paisajes del alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2ª ed.
- UNAMUNO, M. de (1986): *Obras Selectas*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 7ª ed.